

JOSÉ ANTONIO PONTE FAR

«TORRENTE Y EL MAR»

16 DE MARZO DE 1999

JOSÉ ANTONIO PONTE FAR

NACIDO EN NEGREIRA (A CORUÑA).
CATEDRÁTICO DE INSTITUTO DESDE 1992, ESTÁ
EN POSESIÓN DE LOS TÍTULOS ACADÉMICOS DE
LICENCIADO EN FILOLOGÍA ROMÁNICA POR LA
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO EN 1972 Y ES
DOCTOR «CUM LAUDE» EN FILOLOGÍA HISPÁ-
NICA POR LA UNED DESDE 1993.

SU LABOR INVESTIGADORA Y LITERARIA LE
HAN CONVERTIDO EN EL MÁS EXPERTO CONO-
CEDOR DE LA OBRA DE GONZALO TORRENTE
BALLESTER, ADEMÁS DE OTROS AUTORES
GALLEGOS: ROSALÍA DE CASTRO, CELA,
CUNQUEIRO, ETC.

COMO ACTIVO CONFERENCIANTE HA PRESEN-
TADO PONENCIAS EN CONGRESOS TANTO EN ES-
PAÑA COMO EN EL EXTRANJERO.



Cuando el director de la Cátedra Jorge Juan me invitó a pronunciar una conferencia en este noble recinto, para hablar de la obra y de la persona de Torrente Ballester, no dudé en aceptar la invitación por dos motivos muy claros: hablar de Torrente para mí siempre es muy grato, y hacerlo en una tribuna de prestigio como ésta tengo que considerarlo un honor.

Tampoco tuve ninguna duda cuando me fue solicitado el título de mi exposición, ya que sólo tuve que hacer una deducción lógica de unas premisas evidentes: en una tribuna que lleva el nombre de Jorge Juan siempre será oportuno hablar del mar; en una charla que evoque el nombre y la obra literaria de Gonzalo Torrente Ballester, hablar del mar es algo casi ineludible. Aplicando esta lógica, así de fácil me resultó decidirme por este título que enunciaría el tema de la conferencia que tengo el honor de pronunciar hoy ante ustedes. Pero no quiero empezar sin expresar antes mi agradecimiento al Director de la cátedra «Jorge Juan», D. Enrique Casanova, por su amable invitación para que yo estuviese aquí hoy, y por las atentas palabras con las que me ha presentado ante ustedes, a quienes, por supuesto, también quiero agradecer la gentileza de estar hoy aquí escuchándome.

Gonzalo Torrente Ballester nació al lado del mar, vivió en una ciudad marinera, cuya esencia y razón de ser se debe directamente al mar.

Torrente Ballester era hijo de un marino, un teniente de navío en el momento de su nacimiento, el 13 de junio de 1910. Torrente sintió siempre una atracción natural hacia el mar, ese mar que él conocía directamente en su doble apariencia: la mansa y lúdica de la Ría de Ferrol, y la brava y misteriosa de más allá de los castillos. En el mar plácido de la ensenada de La Malata aprendió Torrente a nadar ya en su primera infancia. En las largas temporadas que pasaba en casa de sus abuelos maternos, en Los Corrales, en Serantes, el mar, la ribera, constituyó para él un entretenimiento favorito, siempre diverso y atractivo. El mar llegaba plácidamente hasta la carretera, muy cerca de su casa, ocupando todo lo que hoy es la Feria de Muestras y las pistas de atletismo del complejo deportivo. Allí, en aquel remanso ribereño que se conocía como La Junquera pasó Torrente horas y horas acechando cangrejos y disfrutando con el agua.

El semblante duro, acechante y misterioso del mar se le ofrecía a través de lo que contaban los mayores, y a través de lo que intuía cuando lo contemplaba desde los acantilados de Doniños o San Jorge. Siempre, en definitiva, el mar ante sus ojos, el mar presente, físicamente, en su vida y, lo que es más importante, vivo emocionalmente en su ánimo.

Por eso no debe extrañarnos que el primer recuerdo, coherente y comprobable, que Torrente tiene de su vida sea el de un barco de guerra, uno de esos «habitantes» del mar que tanto interés despertaron siempre en Torrente. No se es de Ferrol impunemente: la ciudad en la que se hacían los mejores barcos del mundo, adonde venían los acorazados y veleros más impresionantes, como los de la escuadra inglesa, tiene que dejar su impronta en un niño nacido aquí, hijo de marino, con los ojos muy abiertos a la experiencia de la vida y muy dado a la imaginación de otros mundos y otras vidas. Por eso no debe extrañarnos que Torrente rememore lo que para él fue el primer recuerdo congruente y sólido: la botadura del acorazado «España», en 1912. Torrente tenía dos años:

El día seis de mayo de 1912 se botó al agua el acorazado «España», el primero de un programa de construcciones navales relativamente ambicioso, aunque los avances de la guerra que sobrevinieron lo hubieran dejado muy pronto anticuado. En aquella ocasión vino a mi pueblo el rey, con la reina, la corte y la escolta real.

Un acontecimiento por todo lo alto, si bien es cierto que a mi pueblo habían venido los reyes otras veces, según se recordaba. Se botaban los barcos en mayo o en septiembre por ser el tiempo de las mareas vivas, que allí llamaban «lagarteiras», no sé si todavía les siguen dando ese nombre. Y hacía mucho tiempo que de aquellos arsenales, antaño famosos, no salía una pieza tan notable. Yo estuve en la botadura.

Para el lector que se encuentre con este pasaje, en las primeras páginas de *Dafne y ensueños* (1983), ya quedará muy claro que Torrente está tratando uno de sus temas favoritos, que desarrollaría en muchos episodios de sus novelas anteriores y posteriores a esta fecha. El tema de los barcos, su presencia y la descripción literaria de los mismos, se constituye en un motivo recurrente de su narrativa. Se puede afirmar, sin temor a caer en la exageración, que no hay en la literatura española de este siglo un escritor que, con tanto dominio del léxico marinero y marítimo como el mostrado por Torrente a lo largo de múltiples páginas, haya desarrollado tantos episodios marinos. Y dentro de este léxico específico, aun sobresale el referente al campo semántico del barco: la variedad y riqueza de las palabras específicas, con sus sutilezas significativas, no encuentran parangón en ningún otro escritor español de este siglo. Lo podremos comprobar a lo largo de los textos que hoy traigo ante ustedes, de los que éste en que sigue hablando de la botadura del «España» no es más que un adelanto:

Este acorazado «España» también me pertenece un poco, no sólo por haber estado en su botadura, sino porque mi padre formó parte de su primera dotación, y anduvo en él embarcado desde el año 14 hasta el 22, con un largo viaje a América por el medio, y durante años fue «el barco de papá». Lo visité muchas veces, en él comí y dormí, en él me dieron sopas de ajo a la mitad de la mañana, y en su cámara quedé extasiado ante la bandera de combate, que habían bordado para él la reina con sus damas. La tenían metida en una vitrina de caoba y cristal, y se llegaba hasta allí con temblor en las piernas, pisando sin ruido la alfombra espesa, con una corona y un ancla a todo color. Los rumores fuertes del barco, fondeado, eran singular-

mente de trompetas, de silbatos y campanas, y ese roce de ir y venir marineros. Como estuve en más de un barco de vela, y lo escuché también, me fue dado distinguir los sonidos en las naves antiguas y en las que entonces eran modernas, quizá también sus movimientos. La unanimidad del velero se percibe más fácilmente que la del barco de vapor, construido con chapas de metal: la madera se acomoda mejor al ritmo del conjunto, como si de un tablón al otro salieran trabazones de carne y nervios; vibra con los cordajes, responde con un latido a las incitaciones de la mar y del viento. El velero se sacude desde la quilla a la perilla, un movimiento que asciende y crece y lo conmueve todo. Y la riqueza sonora del velero es mayor y más variada: supongo que haría falta toda una vida de gaviero para distinguir las quejas, y las protestas, los improperios y las llamadas de atención, esto de los mástiles, esto de las vergas, y aquello más sutil, de la cordelería. Me da la impresión de que lo más fácil de identificar serían los aletazos de las velas flojas (Dafne y ensueños, pág. 51).

Pero a un conocimiento tan preciso de la realidad del mar y de los barcos llegó Torrente a base de dedicación, entrega y afición a esa feliz realidad marina que alegraba su vida y su imaginación. Y es que no sólo en Los Corrales buscaba Torrente el mar. También en Ferrol, en su época escolar, sentía la necesidad física y anímica de su visión y contacto: «En días así, la mar era lo que buscaba: No sabía aún por qué ni para qué. Pero, además, era la mar de la ría: olas movidas mansamente, su golpe rítmico, casi caricia, contra el limo resbaladizo de la escollera, chas, chas, sin estruendo, música repetida de dormir a los niños», nos dice Torrente hablando de su infancia en Ferrol. Sobre lo mismo, añade:

Al muelle iba también los jueves por la tarde, en compañía de algún compañero que, como yo, no tuviese cosa mejor que hacer. Aquellos días de trabajo venían barcos mercantes, cargueros de más o menos tonelaje, y en raras ocasiones un patache o un bergantín, que aún quedaban. Atracados al muelle, con la marea baja, podíamos ver las cubiertas, recoger los olores de a bordo, contemplar la vida marinera en su cotidianeidad, sin la emoción del riesgo. Si la

marea estaba baja, también la Cortina del Parque ofrecía la tentación de su escollera, verdes las piedras del limo, afiladas y resbaladizas, que era una locura arriesgarse por ellas: con tiento y peligro se llegaba hasta la punta, donde estaba la garita. Si la marea subía, se corría de añadidura la suerte de no poder regresar, y había que enviar al aire voces de angustia, demandas de socorro, hasta que le oían gritar a uno los centinelas del parque y alguien echaba un cabo que atarse en la cintura y dejar que lo izasen: «Amárrate bien, muchacho, que si te caes te estrellas». Se hacía un nudo marinero, y listo. Después, arriba, había que aguantar la regañina del cabo, y uno prometía no repetir la hazaña (Dafne y ensueños, pág. 140).

Esas tardes de los jueves que los escolares tenían libres, eran esperadas por el niño Torrente para acudir al lado del mar. Allí, casi siempre en el muelle, no había de faltar el entretenimiento. Unas veces eran mercantes, otras serían barcos de guerra los que pudieran contemplarse:

Si algún barco de guerra estaba surto en la ría, allí desembarcaban los francos, en botes de ocho remos por banda. La faena del atraque y desatraque era muy lucida si se ejecutaba bien, y había quien ciaba mejor o peor, y quien alzaba los remos con más o menos simetría y regularidad. Los jefes y oficiales venían en lanchas de las llamadas pagodas, que tenían la cámara en medio; pero las más traían a la gente en la bancada de popa, empavesada. Todavía usaban pitos los proeles, armados, además, de bicheros; y a bordo, los contra maestres. Con lluvia se ponían ropa de aguas encima de la de faena y parecían ángeles armados (Dafne y ensueños, pág. 141).

Ese campo de observación favorito que era el mar para el niño Torrente, empezaba a ser, también, un terreno ideal para la ensoñación y la fantasía. Lo que tan bien conocía podía ser un escenario excelente para dar rienda suelta a la imaginación. Por eso, muchos años después, Torrente escudriña en los recuerdos infantiles y es capaz de precisar ya atisbos del

funcionamiento de su imaginación activada por la presencia del mar. Podíamos casi proponer que la realidad del mar motiva y ejercita la rica imaginación del futuro escritor, como puede verse en este texto:

Siempre me gustó pasear por el muelle. En mi infancia no tenía ni rejas ni puertas de hierro que se cierran de noche, con lo cual se frustró cualquier paseo nocturno hasta el faro, uno de los atractivos de esta ciudad marítima a la que le taparon el mar por todas partes. Mi inclinación a pasear por el muelle me vino, primeramente, por curiosidad; más adelante, sin darme cuenta, me dejé atraer por la belleza de la mar y del paisaje, por la luna rielando, por los juegos de luz del faro en las aguas negras. La emoción de la niebla la conocemos bien los nacidos junto a la mar, los que hemos oído desde muy niños hablar de sus peligros y narrar casos. Yo bajaba al muelle las mañanas de niebla porque me gustaba adivinar el gris oscuro de los acorazados, el rápido fantasma de las barcas veloces, y escuchar las sirenas o las campanas, aviso del riesgo y de la muerte, y también voces desde los barquichuelos, gritos de precaución (Dafne y ensueños, pág. 144).

Pero esta enorme afición por el mar, por los barcos y por los marinos y marineros, venía muy bien alimentada por la mejor fuente de alimentación que puede tener un niño: su imaginación. Una imaginación que fue creciendo y perfeccionándose con historias y relatos legendarios que el Gonzalo Torrente escuchaba especialmente, en la casa de los abuelos. Serantes era entonces una aldea que, como la mayoría de las aldeas gallegas, estaba más cerca de la Edad Media que del siglo XX. Allí llegaban mendigos desconocidos, que contaban historias de otros tiempos, recitaban viejos romances carolingios y hablaban de muertos y aparecidos. Por el valle de Serantes, en procesión desde el cementerio hacia el monte o de Montecuruto hacia el cementerio, quien sí quien no había visto alguna vez la Santa Compañía. El propio Torrente fue sacado una vez de la cama y llevado en brazos a un cruce de caminos cercano, por el tío Galán, porque las ánimas en pena de la macabra comitiva querían transmitir su recado de ultratumba a un inocente. El niño sacó en limpio que un señor de la fami-

lia, muerto hace muchos años, estaba necesitando unas misas. Encargo que la abuela Francisca, muy dada a los contactos con el Más Allá, encargó inmediatamente, en forma de misas gregorianas, para que hiciesen un efecto más rápido, a los frailes de...*

En ese ambiente de la casa, en las tertulias junto al fuego de la lareira, o en cualquier otro lugar de reunión de la aldea, el niño curioso que era Torrente escuchó historias de barcos, de naufragios, de abordajes, de tiburo-nes, de temporales, de aventuras en el mar... Todavía vivían, claro, hombres de la aldea que habían estado en Santiago de Cuba o en Cavite. Y entre ellos había algún buen narrador, virtud que siempre sedujo al futuro escritor. Entre ellos estaba el ya citado tío Galán, personaje inolvidable de la infancia de Torrente, al que incorporará como personaje en uno de sus excelentes relatos cortos, *Farruco, el desventurado* (1979). Así lo evoca Torrente:

El tío Galán, también menudo, y el más viejo del cotarro, como que había navegado en «La Numancia», vivía en una cabaña encima de la ribera, y poseía una barca en la que traía arena de las playas de fuera: de Doniños, al norte, y de Chanteiro, hacia el sur, arena fina y blanca para los albañiles. La tripulaba él solo, él solo la cargaba. Salía de madrugada y volvía al caer la tarde, cantando como siempre, supongo, porque siempre cantaba, pero también contaba: contaba con su voz áspera de bebedor de caña, borracho de los sábados, e interrumpiéndose para observar el efecto del cuento. Alguna vez me ofreció llevarme consigo, a aquello de la arena, e irme enseñando algo de la vela y del timón, pero las mujeres de casa nunca me lo permitieron por miedo que tenían de que la barca del tío Galán zozobrase, de puro metida en la mar que la traía. Sabía mucho de barcos, y más que nadie del tiempo. Al regreso se le veía navegar despacito, la vela floja, y él agarrado a la caña del timón, que era muy alto y le sobrepasaba la cabeza (...) El tío Galán contaba mejor que nadie, contaba actuando: imitaba al estruendo de las olas o el bruar de los vientos en las arboladuras, los terribles silbidos del temporal en la maraña de cables. Nos hacía ver la magnitud de las olas, el barco encaramado en una cresta en que rompía la espuma, y el descenso en el seno inmediato, treinta o cuarenta bra-

zas, que todos quedábamos en vilo, barrida por el agua la cubierta: y el miedo que pasaban cuando había que trepar hasta las gavias, a aferrar una vela o arriarla. El tío Galán había sido timonel después de gaviero, y había llegado a cabo de mar reenganchado. Guardaba una fotografía amarillenta, hecha en La Habana, y la mostraba a veces: de uniforme, con la gorra a los pies, bigote y barba, más plantado que nadie (DyE, pág. 204).

Personajes e historias que fueron acentuando el interés del joven Torrente por ese mundo inmenso, inescrutable, peligroso, pero apasionante, que empezaba a aguzar su imaginación fabuladora. Otro vecino de Serantes que venía del otro lado del horizonte, con el misterio de su protagonismo en refriegas marítimas era:

Juanciño, el Llaco, había estado prisionero de los norteamericanos, después de Santiago, y se contaban hazañas de él, que había salvado a alguna gente, y que se había escapado de la prisión, o cosa así. Cuando le preguntaban si había dado muerte al centinela para poder escapar, si lo había agarrotado o degollado, que es lo que se decía de él, lo que se contaba con asombro, un hombre tan pequeño, Juanciño sonreía. «¡Qué sabréis vosotros de lo que fue aquello»!, solía responder, y lo que contaba era sólo cómo se había visto en la mar, entre marineros muertos, y las granadas estallando encima de su cabeza. Le decían que no le habían querido los tiburones por la poca carne que tenía y lo dura que era, y que los yankis lo habían pescado creyéndolo una merluza, y otras bromas así. Él decía que no, que había sido suerte: le tenían respeto, y todo el mundo sabía que pocos andaban por la aldea tan bragados como él (DyE, pág. 201).

Otro recuerdo infantil de Torrente, evocado en hermosas páginas de sus libros de memorias y cuadernos de trabajo, es el de la arribada a Ferrol de la marina inglesa, la «Home Fleet», como decían los más entendidos. La presencia de aquellos marineros ingleses, envueltos en un atractivo olor a tabaco rubio, que venían de recorrer mares remotos, que pertenecían a la

armada más poderosa del mundo, la que había destrozado la nuestra en Trafalgar, era un motivo de expectación para los chicos de Ferrol, sobre todo por la animación que traían a las calles de la ciudad:

Al muelle corríamos también cuando llegaban escuadras extranjeras. Recuerdo barcos griegos, barcos franceses con marineros de pompón colorado, pero sobre todo la escuadra inglesa, que después de la guerra del 14 aparecía cada año, siempre con tiempo gris, parecía llenar la ría, tantos eran los barcos, y aquello era un alabar a Dios, porque venían de recorrer los mares tres o cuatro meses sin tocar tierra, y al llegar a mi pueblo los marineros bajaban desahogados, se desparramaban por las calles y recalaban en las tascas y en los prostíbulos. Les llamábamos «chonys», y todos eran largos, delgados, con un impermeable negro charolado de lluvia, la gorrilla blanca y una pipa.

Los «chonys» ingleses ponían un toque exótico en la rutina escolar de los niños ferrolanos, y alguno, como Torrente, sentía envidia de ellos, de su vida aventurera y de su destreza en el mar. Además, la visita de marineros ingleses siempre dejaba entre la población infantil local un buen surtido de «sigaretas» a cambio de los servicios de información turística sobre tascas y prostíbulos de reconocido prestigio en la ciudad...

Relacionado con los ingleses estaba también otro tema muy presente en la infancia y juventud de Torrente, y sobre el que vuelve con todo lujo de detalles en algunas de sus mejores páginas de alguna de sus últimas obras. Me refiero a la batalla de Trafalgar, de la que se hablaba todos los años en la fiesta del patrón de Serantes, San Salvador, el 6 de agosto. Durante la comida debajo de la parra en la huerta de la casa de sus abuelos, su padre y sus tíos discutían, año tras año, de cómo debiera haber sido el ataque y la defensa de la armada española. Allí oyó hablar siempre bien de Gravina y Churrua, lo mismo que siempre mal del francés Villeneuve. Los hombres de la familia se acaloraban, discutían sobre la cuestión siempre espinosa de si el general Gravina había hecho bien o mal en obedecer y transmitir a la escuadra la ocurrencia disparatada del francés contra las opiniones de todos los almirantes. Desplegados sobre la mesa de castaño,

ya sin mantel, con el Nepomuceno representado por un cuchillo de postre y el Santa Ana, por una cucharilla de café, se diseñaban nuevos planes de ataque y se corregían situaciones, que, a todas luces, habían resultado catastróficas. Muchos años más tarde, en *Dafne y ensueños* (1983), Torrente reconstruye la famosa batalla naval no como fue, sino como debería ser, para obtener la victoria sobre la poderosa y prepotente Inglaterra. El tema favorito de la comida del patrón no se le había olvidado a Torrente con el paso de los años. En estas magníficas páginas, de la 242 a la 264 de la obra citada, Torrente describe no la batalla que fue sino la que Gravina había planificado. Todo se va desarrollando según el plan previsto, y acaba con la victoria de la escuadra hispano-francesa sobre la flota de Nelson.

Pues bien, por todo lo que llevo dicho hasta aquí a nadie, y menos a un ferrolano, le extrañará, lo más mínimo oír que Gonzalo Torrente Ballester quería ser marino, del Cuerpo General, como iban a ser la mayoría de sus compañeros en el colegio de los PP. Mercedarios. Eso era lo natural, máxime siendo hijo de un oficial de la Armada. Los niños crecían interesados en todo lo relacionado con el mar y la Marina, porque sabían que, pasado cierto tiempo, ellos formarían parte de ese mundo. Por eso, cuando el adolescente de doce años que era entonces Torrente, supo que a causa de sus dioptrías no podría ingresar en la Escuela Naval, la decepción sufrida fue enorme, hasta el punto de que empezó a verse distinto a los demás, que sí podrían ir, porque no tenían problemas de miopía. Yo sostengo la teoría de que en el momento en que se perdió el marino, se ganó el escritor, porque Gonzalo Torrente, para no sentirse desplazado del grupo, se impuso, quizá inconscientemente, la obligación de sobresalir en otras facetas, aunque sólo fuera para que los demás no lo viesan como a un excluido tempranamente del destino común a todos ellos. Y se inclinó por una de sus aficiones, la de leer y empezar a escribir imitando lo que leía. Pronto llegó a ser el que tenía una mayor cultura lectora y literaria entre los de clase, hasta el punto de que empezó a rentabilizar su supremacía: escribía cartas de amor por encargo de sus compañeros, previo pago del respectivo estipendio.

Una vez superado el disgusto de no poder ser marino, su interés por el mar no decreció, tan sólo se hizo más nostálgico, y empezó a convertirse en tema literario. Lo vio muy bien su hijo, Gonzalo Torrente Malvido, cuando apunta en su libro *Torrente Ballester, mi padre* (1992):

*La relación de GTB con el mar es, además, metafísica, y está íntimamente ligada a su fantasmagoría básica, siendo el mar el elemento que en sus primeras obras de ficción resuelve las situaciones (véase *Farruquiño o la Sirena*); y presente a lo largo de toda su obra como causa primera de numerosos avatares y meta de otros muchos (Pág. 162).*

En efecto, después de haber tanteado el género dramático con algunas obras de teatro que no logró representar, Torrente se decide por la narrativa, alternando el relato largo y el corto. Perteneciente a esta modalidad literaria, escribe un cuento eminentemente ferrolano, titulado *Farruquiño* (1953). En él, el protagonista, además del niño que es hijo ilegítimo de Fernando Freire, es también el mar. Fernando Freire, un antepasado de la familia de Torrente, es capitán de fragata y está al mando de una por los mares de América. Farruquiño quiere ser guardiamarina, y su mayor ilusión es navegar en un barco como el de su padre, el «San Mateo», una réplica del cual tiene en miniatura sobre la repisa de la chimenea para observar y estudiar, en cada momento libre, las distintas piezas que lo componen. El cuento tiene un final triste, porque el niño acaba enterándose de que, por no ser un hijo legítimo, no podrá ser guardiamarina.

Complemento del cuento anterior, y relacionado con él en ambientación y personajes, es otro que Torrente escribe muchos años más tarde: *Farruco, el desventurado* (1978). Aquí, el protagonista ya es Farruquiño hecho un hombre, Farruco Freire, que vive en el mar, que ha hecho de los barcos su casa, aunque no es un marino de guerra. Se dedica al libre comercio y a acciones de piratería, con todo lo cual ha consolidado un gran prestigio marino y una considerable fortuna. Pero el coprotagonista sigue siendo el mar y los barcos, auténticas razones del ser y del existir de Farruco Freire. Hay pasajes espléndidos referentes, especialmente, a estos dos motivos. A modo de ejemplo, este:

Una tarde de agosto, cuando los botes que tendían la cadena de castillo a castillo para cerrar la ría, interrumpieron su faena para dar paso a un bergantín goleta abanderado inglés, que fondeó entre el monte de Cos y La Cabana con una precisión tal como si el

que llevaba su timón conociese la ría palmo a palmo. Y así era, claro. La marea, crecida y mansa, golpeaba con suavidad, más bien lamía los contornos de Cos, y por la parte de la ensenada llegaba hasta las tierras de labor. Farruco, antes de embarcar en la falúa, contempló, bastante cerca ya, detrás de una masa de árboles oscuros, el lugar donde estaba su casa, y no dejó de mirarlo mientras bogaban los remeros, y él, de pie, timoneaba.

De este mismo año 1978 es otro relato corto en el que el mar se erige en verdadero protagonista del mismo. Se trata de *El cuento de Sirena*, para mí una pequeña obra maestra, ejemplo condensado de la habilidad del escritor para mezclar realidad y ficción en unas dosis tan adecuadas y precisas que el lector acaba aceptando el conjunto de lo narrado como algo verosímil y familiar. Este relato evidencia con claridad unos rasgos sustanciales de la narrativa de Torrente, que una avezada estudiosa de su obra, Carmen Becerra, ha concretado en el siguiente proceso: «*Captar lo fantástico en lo ordinario, lo irreal en lo natural, lo maravilloso en lo cotidiano*» (Introducción a *Los mundos imaginarios*, Espasa-Calpe, 1994).

En *El cuento de Sirena* parte del hecho legendario acaecido en la familia Mariño, de Vilaxuán, en el año mil, cuando un varón de la familia cae al mar y es salvado por la Sirena del Finisterre, que se enamoró inmediatamente de él y lo llevó consigo a su espelunca. Allí permaneció el tal Mariño durante bastantes años, tuvo con la Sirena cuatro hijos, y ansioso de que éstos conociesen su tierra, le pidió a la madre que le permitiese volver con ellos a casa. Después de mucho rogarle, la Sirena aceptó, con la condición de que, en alguna generación futura, ella se llevaría a aquél de los Mariño que tuviese los ojos azules y escamas de pez en los muslos. Ese había de pertenecerle y ella vendría a reclamarlo.

Explicado esto, la atención se concentra en los actuales Mariño, a los que Torrente conoció sobre 1930, porque estaban, incluso, algo emparentados con Josefina, la primera mujer de Torrente, en un momento en que todavía eran novios. Aquí, como vemos, la realidad ya se ha enmarañado con lo fantástico. En Vilaxuán sigue viviendo la familia: la madre, viuda, su hijo, Yago, casado y con niños.

El negocio de la familia de los Mariño tiene que ver con barcos: son armadores. Pero se habla de otro hijo, Alfonso, que es catedrático de historia en un Instituto de Cuenca. Torrente, en un viaje a Madrid, se acerca a conocerlo. Vive en un piso con un gran acuario, que ha ido perfeccionando de forma increíble. Semeja el mar, con su oleaje, cambio de colorido, peces y delfines. La madre le había hecho jurar, siendo él un niño, que nunca viviría cerca del mar: Alfonso tiene los ojos azules y una especie de escamas en los muslos.

En Vilaxuán los pescadores de uno de los barcos de Yago rescatan del mar a una joven a punto de ahogarse. La instalan en casa de los Mariño, y la familia la cuida, aunque temen que sea una sirena, porque la chica no sabe nada de su identidad, ni conoce el idioma que hablan, ni tiene otro con el que expresarse. Su belleza es notoria y su presencia, inquietante, pero sienten una especie de obligación con ella, al verla tan desvalida como estaría un niño en tierra desconocida. Incluso la bautizan cristianamente y le ponen el nombre de Marta. En un viaje que Alfonso, el desterrado en Cuenca, hace a Vilaxuán a causa de la muerte de alguien, conoce a su hermana de adopción y se produce entre ellos una extraña atracción. Una tarde de temporal, en la que un barco propiedad de la familia ha roto amarras, Alfonso y Marta, sin que mediase palabra entre ellos, se suben a un bote para intentar rescatarlo. El mar embravecido los arrastró hacia dentro. Nunca más se supo de ellos. Sin duda se cumplió la amenaza histórica y la Sirena se llevó con ella al mar al Mariño que le correspondía.

Estos tres relatos que he comentado, en los que el mar sirve como tema central y motor activo de la narración —como señalaba Gonzalo Torrente Malvido en el comentario citado anteriormente— son poco conocidos por los lectores, a pesar de que cada vez somos más los que los consideramos pequeñas obras maestras del relato corto o cuento literario. Quizá haya influido en su poca difusión el público la dificultad que siempre hubo para encontrarlos en las librerías, pues fueron publicados conjuntamente con otros tres relatos en el libro *Las sombras recobradas*, publicado en 1979 y agotado antes del año. Actualmente, los podemos encontrar, editados los tres juntos, en un libro de bolsillo, en la editorial Planeta, bajo el título *Fragmentos de memorias*.

Pero el mar, los barcos, los avatares de uno y otros, seguirán siendo un motivo siempre importante en la tarea literaria de Torrente y, por consiguiente, seguirán ocupando páginas estelares en las consideradas como sus grandes novelas. Por ejemplo, en la trilogía *Los gozos y las sombras*, publicada entre 1958 y 1962, la acción se centra en un pueblo marinero, típicamente gallego, Pueblanueva del Conde, que nos recuerda a Bueu, de donde era la primera mujer de Torrente y donde su padre estuvo destinado en la Comandancia de Marina. Pueblanueva del Conde articula su vida comunitaria en torno a los astilleros de Cayetano Salgado y los barcos de doña Mariana Quiroga. El mundo de la técnica naval y el mundo del trabajo en el mar. Unos hacen los barcos, otros le dan sentido y vida faenando en el mar. En la novela hay una taberna, la del «Cubano», cuya clientela está formada exclusivamente por marineros, que recuerda esas tabernas que Torrente conoció en su niñez de Serantes, y a las que ya hemos aludido anteriormente: allí se hablaba de barcos, de los peligros del mar, de las aventuras, peligrosas y placenteras, que habían vivido. Esta sacrificada gente del mar es muy bien conocida por Torrente, por lo que la recreación del ambiente resulta especialmente afortunada en la novela.

Y quizá sea este el momento de comentar, aunque casi sea una obviedad, como en el caso de Torrente se puede comprobar que las vivencias de su infancia, las experiencias acumuladas en los espacios geográficos y afectivos en los que transcurrió su niñez y su adolescencia, han quedado indisolublemente grabados en su memoria más selectiva. Aquello de que «*la infancia es la verdadera patria del hombre*» proclamado por distintos escritores en lugares y épocas diferentes se hace evidente en nuestro escritor. Él mismo lo señalaba sin ningún tipo de reparo, siempre que tenía ocasión. Así, en sus Cuadernos de trabajo, en sus libros que recogen su producción periodística (*Cuadernos de La Romana, Torre del aire, Memoria de un inconformista, etc.*), encontramos frecuentes referencias a la importancia que en su obra de creación literaria tuvo la aldea (Serantes) y la ciudad (Ferrol), su abuelo Eladio y su abuela Francisca, la estratificación social de esta ciudad... todo lo cual era resumido siempre por Torrente con una frase en la que parafraseaba, adaptándola, otra de Graham Green, según la cual proclamaba «*Ferrol me fecit*», «*Ferrol me hizo*». «*Todo lo que soy como hombre y como escritor, a esta tierra y a esta gente se lo debo*», añadía. Y no se refería Torrente a

otras deudas que no fuesen sus vivencias, su memoria, sus recuerdos, sus experiencias en las plazas y calles de Ferrol, en los campos y caminos de Serantes. En este sentido, nuestro escritor, con un buen historial nómada y cosmopolita por España y por el extranjero, siempre que lo necesitó en alguna de sus obras, siempre echó mano de los recuerdos de su infancia para recrear sobre ellos otros mundos u otras situaciones. Por ejemplo, cuando tuvo que inventar una ría, fue la nuestra la que le sirvió de modelo. Así describe, en *La Isla de los jacintos cortados*, el mar que rodea la isla de La Gorgona, donde transcurre una de las dos acciones de la novela:

La mar entraba por una boca angosta, se extendía y partía en dos cuernos desiguales, el breve de la izquierda, y el de la derecha, alargado, que entraba hondamente en tierra y a cuya orilla se acomodaba el astillero. La ciudad se acomodaba entre ambos, orientada hacia el mar, calles rectas y largas, paralelas a la costa... (Pág. 72).

Otro ejemplo relacionado con el mar y con su infancia, de los muchos que se podían citar tratándose de Torrente, lo encontramos en la novela *La sagafuga de J.B.*, para muchos estudiosos de la literatura, la mejor novela española de la segunda mitad del siglo XX. En ella hay un pasaje que Torrente resuelve empleando un ardid que él confiesa copiar de la novela *Los invasores* (1897), del ferrolano Francisco Suárez García, novela que había leído en su adolescencia y cuyos pormenores más insignificantes no olvidó nunca. Consiste en hacer escapar de la vigilancia de los enemigos, por el río Baralla hacia su desembocadura en el mar, el barco de uno de los personajes de la novela, el J.B. John Ballantyne, imitando lo hecho por Julián con su barco «O Rei dos mares» en *Los invasores*, cuando escapa, Támesis abajo, de la vigilancia a que lo tienen sometido dos fragatas inglesas, aprovechando la noche densa y la subida de la marea. El bergantín de Julián estaba fondeado y vigilado, a un lado y a otro, por las fragatas. Su referencia era un farol en la punta del mástil, que fijaba su situación. Julián sitúa al lado del bergantín una barca; en ella, un palo de altura semejante al mástil del bergantín, y en la punta de ese palo coloca ahora el farol. Fija con el ancla la barca y suelta el bergantín, que se desplazará a oscuras y en silencio río abajo, aprovechando la corriente, hacia

le mar, hacia su libertad. Los ingleses, confiados en el farol que seguía brillando en el mismo lugar y a la misma altura, no sospechan nada y descubrirán la huida cuando ya no pueden perseguir con probabilidades de éxito al barco «O Rei dos mares».

En *La saga/fuga de J.B.* el mar, ese medio tan familiar para nuestro escritor, es visto como el lugar por el que han de llegar los JJ.BB., los libertadores de Castroforte del Baralla, como ya había llegado, también por el mar y muchos siglos antes, la barca con el Cuerpo Santo e incorrupto de Santa Lilaila, la que había dotado de señas de identidad a todo el pueblo. Así, por el mar había llegado la prosperidad, y por el mar llegarían algún día los que volverían a restaurar esa identidad y la libertad de sus conciudadanos. Es ésta una forma muy atlántica y muy de los pueblos celtas de ver el mar, este mar occidental y nórdico, con una visión legendaria, casi mitológica del mismo. Ahí está toda la tradición de la literatura del ciclo bretón y del rey Arturo. Una forma de ver el mar que nace de su propio misterio y magnitud, algo que cualquier ferrolano que acuda a Doniños una tarde y vea como el sol se hunde en esa inmensidad que tiene enfrente, puede entender sin muchas dificultades. Si ese ferrolano o ferrolana conociera después la literatura artúrica, ésta se le haría inmediatamente familiar.

En algún momento tengo que poner punto final a este recorrido por las obras de Torrente que hacen referencia al mar. Y como soy consciente de que no tengo tiempo para abarcarlas todas, voy a hacerlo ya aquí, sin hablar de otras obras en las que la presencia marítima es evidente desde los propios títulos de las mismas, como pueden ser *Las Islas extraordinarias* o *El Comodoro* u *Hombre al agua*, o la ferrolana *La boda de Chon Recalde*, que por recrear el ambiente de aquí, ofrece desde sus páginas un completo mosaico de marinos, barcos, Arsenal, Astilleros, uniformes, cañonazos e izados de bandera. Y voy a hacerlo con una referencia textual del propio Torrente a algo que siempre le llamó poderosamente la atención, y que no es otra cosa que la síntesis de la admiración natural que sintió desde niño por el mar y por los barcos, como ya queda dicho. Se trata de la importancia que para Torrente tuvo el uniforme militar, en concreto, el uniforme de Marina: en sus novelas abundan los personajes uniformados, y en bastantes de estos personajes, el uniforme es un símbolo de algo que tendrá una

significación determinada en la novela. La atracción que siente Torrente por el uniforme militar puede tener varias explicaciones, pero todas ellas coincidentes en que tienen su origen en Ferrol. La primera, la presencia cotidiana del uniforme de la Armada y del Ejército en las calles de la ciudad, en la cual, con sus escasos 25.000 habitantes en aquellos años de la Primera Guerra Mundial, se destacaban notoriamente, y quienes los llevaban eran los hombres con prestigio y reconocimiento social. Por lo tanto, era lógico que los niños ferrolanos no quedasen impasibles, sino fascinados, cuando, con motivo de cualquier festividad se encontraban por la calle con Jefes u oficiales de la Armada vestidos con el «traje número uno», que así se llamaba al de gala, y que Torrente describe así:

...casaca galoneada de oro, como un fraque de solapas rojas; pantalones también galoneados, y un bicornio que, si era de generales o de almirantes, llevaba plumas. Encima se ponían la capa...

Podemos concluir, pues, que a Torrente su atracción por todo lo relacionado con el mar abarcaba hasta la espectacularidad de los uniformes, de los desfiles y de los entierros, un hecho triste que para los niños ferrolanos se convertía en un acontecimiento, especialmente si era de un militar, y cuanto mayor era el rango y jerarquía del muerto, más espectáculo. En las novelas de Torrente se pueden encontrar varias recreaciones de estos entierros ferrolanos, siempre evocados con nostalgia y descritos con un deje irónico, como éste que extraemos de su novela *Off Side* (1967):

Entierros los de antes. Entonces sí que valía la pena morirse, y mucha gente no era feliz hasta dar las boqueadas. Eran entierros verdaderamente estéticos, y te dejaban un margen para inventar a tu gusto, o al menos, para combinar. ¡Las ganas que tenía de morirme cuando, de niño, pasaba el entierro de un jefe o un oficial a la federica! Nada más que la carroza te invitaba a hacer el último viaje, con aquellas perillas de oro y aquellos cristales biselados. ¿Y los caballos, con penachos de plumas negras, y los aurigas, de casaca y tricornio, y los palafraneros y hasta los espoliques? Todos daban testimonio de la solemnidad de la muerte y de la importancia

del muerto. Y estos entierros de generales llevaban, además, la banda de Infantería de Marina, que tocaba marchas fúnebres, muchas veces la de Chopin, adaptada para bandas. Y había un contraste muy curioso, y es que cuando cumplían con su cometido, allá arriba, en el cementerio, bajaban por la calle de los Muertos a los alegres sonos de un pasodoble...